

Las distintas referencias bibliográficas de todo el material analizado por el autor se muestran como pies de página a lo largo de todo el libro, aunque, quizá, hubiera sido preferible condensar todas ellas como corpus bibliográfico al final, lo que facilitaría su lectura y búsqueda. No obstante, a falta de este, el libro ofrece un índice onomástico que ayuda en esta labor.

El ligero pesimismo que se percibe al inicio del libro, motivado por la forma en que se ha venido descuidando el terreno de la lingüística y el estudio del español peruano, se va diluyendo a lo largo del libro, que termina con un tono optimista y animando a seguir con las investigaciones en este campo del saber.

Finalmente, lo que podría haber sido una extensa lista de libros, artículos de revistas y tesis de grado y postgrado, en *Lingüística peruana* se convierte en un relato ameno y bien documentado de los distintos actores y circunstancias que han marcado los derroteros de la lingüística en nuestro medio. La recopilación exhaustiva de datos bibliográficos y hasta personales que guardan relación con el material analizado, así como las distintas ediciones que se pueden encontrar de los materiales citados, con sus respectivas modificaciones o agregados, dan cuenta de un trabajo arduo, en absoluto improvisado, sino más bien esmerado y de largo aliento, reflejo del largo recorrido investigador del autor. Asimismo, es natural que en una tarea como la que se ha propuesto el autor haya tenido que, por fuerza, seleccionar, omitir y relegar algunos trabajos o bien comentar solo los que llegaron a sus manos, por lo que la tarea queda aún sin punto final.

Shirley Cortez González

Luis ANDRADE CIUDAD, *The Spanish of the Northern Peruvian Andes. A Sociohistorical and Dialectological Account*. Berna, Peter Lang, 2016.

El estudio de las hablas regionales está no sólo en el inicio de la dialectología hispanoamericana sino también en la base del desarrollo de la lingüística propiamente dicha tal como la conocemos, aunque en su evolución haya derivado hacia características menos empíricas y más interdisciplinares. Los trabajos de Aurelio Espinoza sobre Nuevo México o de Vidal de Battini sobre San Luis (Argentina) fueron fundamentales para que en esos países se desarrollaran centros de investigación que permitieron a la lingüística superar el enclaustramiento de la gramática tradicional, la etimología y la retórica. En el Perú hubo un intento en los trabajos de Benvenuto Murrieta (1936) y Martha Hildebrandt (1949) pero las circunstancias no permitieron el desarrollo de instituciones que asentaran la lingüística moderna en el sentido en que se desarrolló en países vecinos.

Si el estudio de los dialectos se abandonó en buena medida fue tal vez por la precariedad o la poca rigurosidad de algunos trabajos, pero fundamentalmente porque los estudios lingüísticos iniciaron otros derroteros también interesantes: la sociolingüística, el análisis del contacto de lenguas, la pragmática, las ideologías lingüísticas, el análisis del discurso, los procesos cognitivos vinculados al lenguaje. En todo caso, no porque el estudio de las hablas regionales en sí carezca de interés científico ni resulte un trabajo carente de actualidad; todo lo contrario, varios de esos nuevos desarrollos no alcanzaron desarrollos apreciables en razón a la falta de información precisa sobre la realidad lingüística del español americano en general y de los dialectos del castellano en el Perú, en particular. Amplias zonas son apenas conocidas y los trabajos de sociolingüística de Lima no han podido desarrollarse adecuadamente por no poder detectar la presencia y la difusión de fenómenos regionales en las hablas urbanas, por cuanto se carece de monografías que identifiquen y aclaren multitud de fenómenos que forman parte de nuestra realidad lingüística.

Con el estudio que ofrece Luis Andrade Ciudad resulta ahora más evidente el interés enorme que tienen las hablas regionales y la considerable potenciación que resulta de la aplicar los modernos desarrollos de la disciplina al estudio descriptivo de los dialectos. En efecto, Andrade aplica criterios de la sociolingüística histórica y también aspectos de la teoría de contacto de lenguas y de la pragmática lingüística al análisis de la diacronía y sincronía de un espacio lingüístico poco conocido, con resultados más que excelentes. El método no puede ser más tradicional: el análisis de documentación histórica para la reconstrucción histórica del espacio dialectal, así como entrevistas a informantes de distintas edades y condiciones para obtener una data de información relevante. Pero las herramientas con las que Andrade afronta esos análisis superan enormemente las categorías teóricas (muchas veces poco más que intuiciones prácticas) con las que los primeros investigadores iniciaron hace muchas décadas los trabajos dialectales referidos.

Andrade ofrece en este libro el resultado de una tesis doctoral brillante y valiente, un trabajo largamente elaborado que describe el castellano hablado en un espacio de los Andes norteños delimitado por el alcance del sustrato de la desaparecida lengua culle en los departamentos de Cajamarca y La Libertad y el extremo norte de Ancash. Es un espacio que coincide parcialmente con el escenario de las novelas y cuentos de *Ciro Alegría Bazán*, y que habían por ello llamado la atención de Charles E. Kany (1945)¹ y de Alberto Escobar (1960).²

¹ Charles E. KANY, *American Spanish Syntax*. University of Chicago Press, 1945.

² Fue su tesis doctoral defendida en la Universidad de Munich (Alemania) y que publicó muchos años después en A. ESCOBAR, *La serpiente de oro o el río de la vida*. Lima, Lumen, 1993.

También dio material para una tesis de maestría de Catherine T. Neale (1973), que no ha sido tomada en cuenta por Andrade.³

El estudio está escrito con un estilo ágil y apretado, lleno de datos y referencias, aunque también con algunas reiteraciones. De cualquier modo, se deja ver la gran profundidad de los conocimientos, la exhaustividad del examen realizado y la intensidad con la que Andrade somete el análisis del material obtenido, a veces hasta el punto de que la profusión del discurso y la proclividad con la que reitera sus explicaciones metacognitivas (estableciendo constantes precisiones sobre lo que trata de explicar) hace difícil llegar a una lectura fluida y a veces escamotea un poco las conclusiones. Sería deseable contar con una versión en español para que el trabajo sirviera también como ejemplo y referencia para los estudios peruanos. También habría que revisar el tratamiento dado a las citas.⁴

El primer capítulo se dedica a establecer las bases epistemológicas desde donde va a planear su estudio: "Historical sociolinguistics, dialectology and the Andean realm". Conceptos ya clásicos de la dialectología como *koiné* y *sustrato indígena* son abordados nuevamente desde nuevas perspectivas considerando su adecuación al espacio norandino peruano:

For a domain such as the Andes, where diverse balances between languages and varieties have existed throughout history (before and after the Hispanic conquest), situating understandings of processes of language shift and its connection to ethnic identity constitute promissory approaches. (p. 5)

En efecto, Andrade asume aquí toda una serie de noticias de estudios del español andino peruano y ecuatoriano además de recientes trabajos de onomástica (especialmente los de Rodolfo Cerrón-Palomino) para reenfocar el problema del sustrato y de los fenómenos de contacto de lenguas, para aclarar la extensión e interacción de las familias lingüísticas andinas y amazónicas, en especial el quechua y el aimara, considerando inaplicable el modelo de Trudgill según el cual los cambios implican el reemplazo de características de distinta complejidad (primero las más simples o menos marcadas intrínsecamente) según condiciones determinadas. Ello por la ausencia de información de los sistemas gramaticales de lenguas como el culle. Por otro lado, aunque los quipus no podrían compararse con las formas de escritura mesoamericanas, los estudios andinos también podrán contribuir a definir mejor el papel de la sociolingüística histórica. Luego de revisar algunos fenómenos estudiados por autores como Taylor y Escobar, como la resemantización del quechua *supay* en español andino, o la reinterpretación de

³ Catherine T. NEALE, *The Speech of the Andean Mestizo in the Novels of Ciro Alegría*. Tesis de maestría. University of Richmond, 1973.

⁴ En ocasiones se olvida señalar que está ofreciendo su propia traducción de citas originalmente escritas en castellano, como ocurre con la cita de Godenzzi en la página 68.

las formas verbales del pasado, plantea la posibilidad de dar solución a problemas sociohistóricos, concluyendo con la necesidad de un diálogo entre la historia y la lingüística andina.

El segundo capítulo ofrece una consideración importante sobre el concepto de “español andino” y la historia lingüística de los Andes norperuanos. En primer lugar, establece el ámbito de estudio como los Andes que abarcan las provincias de San Marcos y Cajabamba, al sur de Cajamarca, la sierra de La Libertad y la provincia de Pallasca, en Ancash, que tienen como sustrato el culle y el quechua, como un área que él mismo denomina “área de consenso”. Son otros Andes diferentes del espacio definido por el contacto del quechua y el aimara que abarca en el Perú desde los Andes centrales (Ancash) hasta la serranía de Tacna. Ofrece a continuación noticias de los trabajos lingüísticos realizados en la zona. La dialectología andina no se ha desarrollado tanto como en Colombia o México (p. 37), pero Andrade considera los aportes de Benvenuto Murrieta (1936), Aida Mendoza (1976), Alberto Escobar (1978), Carrión Ordóñez (1983), Godenzzi (1987) y otros. En efecto, aunque no hay una consideración unánime sobre lo que abarca el concepto “español andino”; en cualquier caso, tiene que ver con las modalidades de castellano (regionales, sociales o de contacto) que se han constituido por la influencia (más o menos intensa, más actual o histórica, de hablantes monolingües o bilingües) con las lenguas andinas mayores: quechua y aimara (p.49). Es interesante la revisión histórica del término, que Andrade remonta a Entwistle (1935), aunque ya lo había empleado también Henríquez Ureña en 1921 (p. 50). Y en este sentido Andrade acierta en que es necesario reconsiderar la cuestión, debido a que bajo ese concepto de español andino quedaban excluidas las variedades norandinas (p. 67). Habría que insistir en que en el norte se invierten los presupuestos sobre los que se asientan en general los estudios andinos, puesto que fue en las costas de Lambayeque y Piura (aisladas por los desiertos y afectadas por inundaciones cíclicas) donde mejor y por más tiempo se conservaron las lenguas y culturas originarias, mientras que la sierra norteña, y no solo por las minas de Hualgayoc, conoció una presencia más intensa de la población y la cultura peninsulares.

Sigue una revisión exhaustiva de la historiografía lingüística de los Andes norperuanos, para lo cual resume los aportes de Torero, Adelaar, Salas y Zevallos Quiñones entre otros. También se ocupa de la presencia de una variedad de quechua en la zona de Ferreñafe, también estudiada por Torero (2002) y los trabajos que se han ocupado de describir el castellano de la zona de influencia culle, en especial los que hizo A. Escobar (1960) a partir de los relatos de Ciro Alegría el trabajo de Mendoza en el marco del INIDE (1976) y otros más recientes con datos sobre algunos rasgos fonéticos y morfosintácticos de la zona, o que reportan noticias lexicográficas, como los de Cuba Manrique (2008) sobre Pallasca. A veces resulta reiterativo con respecto de la descripción detallada que dedica a esos fe-

nómenos más adelante (como en el caso del aumentativo *-enque*). Queda pendiente todavía una sistematización más rigurosa del léxico de origen culle en la región denominada por Andrade “de consenso” (p.108).

El tercer capítulo se dedica a la situación del contacto de lenguas en los Andes norteños a lo largo de la historia y constituye seguramente el más completo y exhaustivo recuento de una historia lingüística regional que se haya hecho en el espacio andino. Noticias de cronistas, información proporcionada por cartas y documentos coloniales y la tabla de Martínez Compañón son analizadas con especial perspicacia. Junto con las noticias obtenidas de las crónicas o de documentos de primera mano que refieren la presencia de las lenguas quechua y culle, en particular el capítulo celebrado contra el bachiller Eusebio de Garay, párroco de la doctrina de Pallasca, en el marco de las explotaciones mineras. Además, se completa con una perspectiva sociohistórica apoyada por la onomástica andina, que revisa los porcentajes de población indígena en las provincias con mayor presencia de toponimia culle. Los documentos muestran una larga coexistencia entre el culle y el quechua desde tiempos precoloniales y la continuidad de esas lenguas (incluso su revitalización en ciertas épocas, como el siglo XVIII), luego de la imposición del castellano:

In the North and center of this region, the most distant indigenous communities from the main villages would have returned to the ancient language, replacing Quechua with Spanish as the lingua franca. (p. 141).

El quechua se manifestaría durante el siglo XVII en dos variedades, incluida una variedad eclesiástica aprendida “en arte”, lo que revela las conexiones entre la realidad lingüística y la historia social de la región (p. 202). La variedad vernácula de quechua, sin embargo, encontraría algunos espacios de supervivencia en Ferreñafe-Cañaris. En particular, resulta interesante comprobar la pertinencia de relaciones tempranas para explicar la realidad posterior:

The area of Culle language use that has been postulated by Andean linguistics corresponds very precisely to the geographic distribution of the network of *huacas* constructed around the figure of Catequil, according to the Augustinian account by friar Juan de San Pedro (1992 [1560]). (p. 201)

Otra fuente de información que Andrade explora con argucia es el léxico de los obrajes textiles que concentraban una gran parte de la actividad y de los ingresos de la zona, donde se comprueba que la lengua culle fue un idioma general de comunicación entre las personas principalmente mujeres, que participaban en esta floreciente industria. Como resultado ofrece dos tablas de vocabulario del tejido (pp.159-160). Concluye que los datos apoyan la hipótesis de un largo e intenso periodo de contacto y competencia entre quechua y culle (p. 161). Finalmente aborda el vocabulario culle recopilado por el sacerdote Teodoro Gonzales en Pallasca (1915).

El capítulo 4 constituye el aporte más significativo del libro, con una descripción prolija y esclarecedora de los fenómenos detectados en el castellano hablado en el espacio señalado, considerado una *subvariedad* del español andino, para señalar “the inclusive relationship between the sanish varieties described in this chapter and the aforementioned dialect conglomerate” (p. 205). Evidentemente las fronteras dialectales son siempre abstracciones establecidas por el lingüista en función a algunas características compartidas y, como es sabido, todas las diferencias del hablar se pierden en transiciones, pero no estamos de acuerdo en que las variedades por ello dejen de ser “reales” (p. 205), más cuando, desde una perspectiva puramente descriptiva, son en verdad la única realidad en la que se manifiesta el lenguaje.

El propósito de Andrade es determinar si la realidad del castellano andino permitiría corroborar o negar el modelo de zonificación propuesto por Germán de Granda (1994). La cuestión es qué tan andino es el castellano de una región en la que la principal influencia de sustrato o adstrato no corresponde a las lenguas mayores quechua y aimara. El análisis parte de algo más de 27 horas de 36 entrevistas obtenidas, entre 2009 y 2011, de una muestra representativa de hablantes hombres y mujeres de distintas edades, del ámbito rural y urbano de tres provincias ubicadas en el “área de consenso”: Otuzco, Cajabamba y Pallasca, consideradas por Andrade como suficientemente representativas de un sustrato predominantemente culle. En efecto, los fenómenos registrados son notables, y Andrade los va analizando separadamente comenzando por los rasgos fonéticos y fonológicos.

El análisis de Andrade es el más completo que se haya hecho de una variedad dialectal peruana y corrige y supera completamente los trabajos anteriores de Neale y Escobar. En primer lugar, señala la presencia de dos unidades fonológicas extrañas al castellano estándar que son un fonema fricativo sordo de articulación postalveolar /ʃ/ (sibilante palato-alveolar en Neale), en un conjunto de palabras indígenas: *masha* ‘comadreja’, *casha* ‘madera descompuesta, que establecen pares mínimos con vocablos castellanos: *masa*, *casa*. La vitalidad del fonema está reforzada por su presencia en un sufijo diminutivo *picasho*, opuesto al aumentativo castellano, tan frecuente en el habla popular peruana: *picazo*. Pero su presencia en hipocorísticos, como *Jashi* (*Jacinto*), le permite suponer que hay una recurrencia en un cambio en la articulación de la sibilante hacia el punto de articulación de este nuevo fonema. Neale suponía que era una influencia quechua, pero Andrade presume que es debido al sustrato local, por su presencia en la toponimia culle: *Ipashgón*. En cambio, es marginal la presencia de una variante sonorizada de la sibilante en palabras como *puzuco* (nombre de una variedad de papa). Advierte que se da un proceso de fusión entre la variedad sonora y el fonema postpalatal de modo que se pueden considerar variantes las pronunciasiones *punzo* y *punsho*. (p. 219).

Otros fenómenos señalados son el mantenimiento de la distinción entre la palatal fricativa y lateral, que se da entre las generaciones mayores, remanentes

del fonema interdental, que aparece en palabras como *cinquenta*, *frezada*, la ausencia de motoseo (hay alteraciones vocálicas usuales de las hablas rurales: *medecina*, *mesmo*...), y monoptongaciones de algunos diptongos: *ferte* < *fuerte*. También formas epentéticas ocasionales: *cayer*, *creyo* por *caer*, *creo* (p. 228).

Andrade observa cierta consistencia en el cambio que sufren los infinitivos con clíticos: *traelo* por *traerlo*, aportando numerosos ejemplos al respecto. En cambio, parece muy esporádica la neutralización de los pronombres átonos “suavecito *lo* he corrido”, que se ha indicado reiteradamente como un rasgo constante del español andino (p. 231). Igualmente, con la omisión del clítico, que también es un rasgo no propiamente fonético.

La pérdida de las vocales átonas es una tendencia marcada sobre todo en hablantes menos instruidos: *chiquits* < *chiquitas*, de modo similar a como ocurre en las zonas altas de toda Sudamérica y en otras regiones. Una característica limitada solo a la región de Pallasca es la adición de una vocal paragógica a palabras agudas que terminan en vibrante: *ayere* < *ayer*, *movere* < *mover*. Es un rasgo que Neale ignora, pero estaba presente en los relatos de Ciro Alegría y se registraba también en Escobar (p. 235). No encontramos referencia, en cambio, a formas perifrásticas amalgamadas (*hay haber* < *ha de haber*, *hay querer* < *ha de querer*, *nuay poder subiré* < *no ha de poder subir*) o analógicas (*hey venido* < *he venido*) que aparecen en la narrativa ciroalegriana y se señalaban en estudios anteriores.

En cuanto a la morfología, Andrade destaca en primer lugar la presencia de dos sufijos diminutivos; *-ash-* y *-an-*, como en *chiasha* y *cholano*, una expresión adverbial *das* de valor “urgente”, y lo más interesante, un sufijo aumentativo *-enque* –identificado en trabajos anteriores, pero aquí comprendido con mayor hondura–, que es una característica constante plenamente funcional del castellano norandino peruano de sustrato culle. Respecto a la morfología se podría objetar que no se explica suficientemente cómo encajan estos fenómenos diferenciales junto a rasgos comunes del español americano general, por ejemplo, el encaje de los diminutivos norandinos junto con otros sufijos también expresivos: *grandazo*, *muchachada*, *piernudo*, tan usuales en toda Hispanoamérica.

También señala cambios en la morfología verbal: *dicemos* por *decimos* que no sería un caso aislado sino respondería a un sincretismo por el que se aglutinan o simplifican la segunda y tercera conjugación; reajustes en el sistema pronominal comunes a otros ámbitos: *de yo*, *a tu*, por *de mí*, *a ti*; la presencia del doble posesivo, común a todo el español andino: *su chopa de Juan*; la aparición de un marcador acusativo y dativo en la forma *onde* ~ *donde*; además de un fenómeno no descrito antes: la anteposición del marcador negativo: *no casi vengo*.

En cada uno de los fenómenos anotados Andrade discute las hipótesis sobre su origen, ofrece interesantes comentarios sobre la extensión (algunos se difunden hacia la ciudad de Trujillo) y descubre el valor pragmático de las transformaciones. En ese sentido resulta especialmente esclarecedor el análisis del sufijo deferencial *-ste*, –procedente– de la aglutinación del pronombre *usted*–,

que Neale había ignorado y Escobar presentara como una mera aféresis. La abundancia de testimonios y su funcionalidad deferencial permiten señalar correctamente a Andrade que se trata ya de un marcador constante que caracteriza el castellano de la región: *Dasdás hágaste la curación*. No solamente afecta al imperativo, sino que aparece igual en formas de indicativo o subjuntivo (*ciérraste, molés-teste*) caracterizadas por un uso deferencial.

Además, aporta información sobre fenómenos del nivel pragmático o discursivo. En primer lugar, una interjección procedente del quechua, pero no desarrollada en otras zonas andinas que aparece con las variantes: *array, arrarray* con valor semántico sorpresivo y variantes locales: *atatay, allalay* para indicar disgusto o para expresar la sensación de frío. Del arcaísmo castellano *catar* se ha desarrollado un marcador de focalización "*Cati allacito*", equivalente a formas similares del español general: *mira, fíjate*. A diferencia del dialecto de referencia, esta subvariedad se caracteriza por la ausencia del citativo *diciendo*, tan reiteradamente señalado en los estudios del español andino, pero sí se encuentra el marcador reportativo y narrativo *dice*, a veces en la forma *dizque* y en Otuzco la variante *es que*: "Es decir que un tío *es que* le dijo a mi..., a mi papá" (p. 293).

Otro elemento de valor pragmático es el corroborativo *pues* que se muestra en la mayoría de los dialectos del español andino y costeño peruanos: "Ese es la cargacha, *pue*." (p. 295). Otro elemento que tampoco se limita al área estudiada es la expresión fática *¿di?*, que se emplea para confirmar lo dicho: "Hará 15 días, *¿di?*" (p. 299). Este fenómeno está presente en Iquitos, efectivamente, pero también hay que señalar su presencia en la costa norte peruana.

Finalmente se dan noticias de una presencia residual de voseo en hablantes mayores en Huamachuco y Cajabamba, pero señala dos lugares visitados por Andrade donde mantiene plena vitalidad sobre todo para el trato a los parientes cercanos y a los niños en La Conga (Marcabal, provincia de Sánchez Carrión) y El Suro Chico (Cajabamba). Entre amigos se comprueba (señalada por Flores Reyna [2001] en Santiago de Chuco y Pallasca) el trato de *cho* y *chi*, creadas por abreviatura de *cholo* y *china*. No hay referencias, aunque cabe suponer el empleo de *joven*, que es general en Perú, o de *patrón*, en desuso desde los años 70 del siglo pasado, pero a veces resistente en zonas aisladas, pero el estudio no se extiende demasiado en este aspecto.

Son numerosos hechos que hasta ahora habían sido ignorados o mal estudiados y que por fin cuentan con una descripción detallada con un rigor verdaderamente encomiable y ejemplar. Finalmente, el lugar del español andino norperuano en la historia de la dialectología hispanoamericana resulta particularmente relevante para entender qué sucede en un espacio donde junto a las lenguas mayores quechua y aimara se ofrecen datos de un sustrato distinto, el de la lengua culle, cuya extinción se comprueba fue posterior a lo que indicaban estudios como los de Cerrón-Palomino (p. 314), aunque su influencia haya resultado menor a la que el propio Andrade suponía al iniciar su investigación.

En definitiva, se trata de un espacio periférico o intermedio en la zonificación de De Granda (que se basa principalmente en la famosa distinción de Menéndez Pidal [1960], quien caracteriza el español americano en centros de hablas cortesanas, áreas de comercio intenso y zonas periféricas) y todos los fenómenos analizados parecen corroborar el planteo por el que existió una evolución diferenciada en las variedades del español americano a partir de una hipotética *koinización* inicial (p. 312). A su vez, los resultados podrían muy bien aclarar y precisar la zonificación propuesta por De Granda (p. 336).

En conclusión, el español andino norperuano es una *subvariedad* dentro del español hablado en los Andes desde Colombia hasta Argentina con fronteras fluidas con respecto a la difusión de varios fenómenos en las variedades amazónicas y costeñas cercanas, pero que manifiesta algunas características únicas suficientemente identificadoras.

Andrade acierta en reconocer la necesidad de contar con descripciones interregionales más amplias y con ello revisar la pertinencia de distinciones ya establecidas, como las que propuso Alberto Escobar en 1978 (p. 326). Andrade tiende a privilegiar la presencia del sustrato culle pero reconoce también, en contra de su propia posición inicial, la influencia no siempre coincidente del quechua y finalmente, asimismo, la importancia de la libre evolución del lenguaje en espacios periféricos con muy poca o nula presencia de una norma estandarizadora. Una mayor atención en este sentido tal vez daría mayor relevancia a fenómenos apenas señalados, como los acortamientos: *bías* (por *habías, hubieras*), o cambios de la conjugación no registrados: *hey comido*, entre otros que se manifestaban igualmente en *La serpiente de oro* y otros relatos de Ciro Alegría. Su estigmatización o no vigencia en la actualidad, podrían ser también reveladores.

En su estudio ha obviado el estudio del léxico, aunque en ocasiones se ve obligado a aclarar algunos vocablos presentes en los testimonios registrados, pero reconoce finalmente que futuras investigaciones léxicas podrían ofrecer mayores datos para aclarar el alcance o contribución del sustrato indígena en el castellano norandino (p. 332). Para ello sería importante contar con los aportes de otras disciplinas, como la etnografía y la etnohistoria, para comprobar también el origen de las creencias asociadas a elementos léxicos.⁵

Mucho más importante, este trabajo debería estimular la elaboración de otros trabajos regionales que permitieran dar a conocer mejor la realidad lingüística de los Andes y los dialectos del castellano en el Perú. Necesitábamos monografías lingüísticas en el español andino y todavía hay mucho por hacer. En cualquier caso, este estupendo estudio de Luis Andrade se ofrece como un buen ejemplo metodológico y una prueba de los excelentes resultados que se pueden

⁵ Ver, por ejemplo, el glosario recogido por Alfredo MIREs y Jorge VÉLEZ, *Todos los tiempos. La naturaleza del tiempo en la tradición cajamarquina*. Cajamarca, ASPADERUC-Proyecto Enciclopedia Campesina, 1990, pp. 226-243.

obtener con un trabajo perspicaz y riguroso, y una buena dosis de paciencia y de amor por el lenguaje.

Carlos Arrizabalaga